



Joaquín Durán

20 cts.

—Pues señor, para hacerle el amor a esta niña, hay que competir con el ministro de Marina. Se gasta uno un dineral en barquillos.

DE TODO UN POCO



Por orden de uno de los innumerables ministros de Fomento que no fomentaron nada en este dichoso y dulce país, se dirigieron los gobernadores civiles á los alcaldes de sus cacicazgos correspondientes para pedirles unos datos acerca del clima de sus respectivas localidades.

Y uno de ellos telegrafió á su superior jerárquico lo siguiente:

Aquí no hay ESO de que se ha servido hablarme vucencia.

Pues bien; el oligarca rural, cuya respuesta se ha censurado injustamente por espacio de mucho tiempo, dijo una verdad inconcusa.

Porque aquí no tenemos clima tampoco.



Díganlo, si no, los vecinos de esta villa del Barroso y el Madroño (entre los cuales tengo la infelicidad de contarme), pues han tenido que soportar en el propio florido Mayo los rigores de un sol de Agosto.

Váyase por cuando en plena canícula tiritamos como en Enero.

Decididamente, en Madrid no hay clima ni cosa que lo valga.

La temperatura del frito nos socarró la piel durante unos días, con gran regocijo de Mosquera, y el sudor nos suministró unos baños termales, que ríanse ustedes de los de Archedna, Alhama de Aragón y Arnedillo.

¡Y el agua de Mayo, sin refrescar con sus tibios besos el campo hidrópico y microscópico que sirve de festón á la urbel!

Pero San Isidro, labrador, tuvo piedad para sus paisanos y, sin apelar á la caja de los truenos, hizo que el termómetro diese un bajonazo que ni el Gallito y—según dijo el famoso vate—pasamos

desde el helado hasta el ardiente polo en menos que se tarda en contarlo.

Digo lo que el célebre alcalde:

En Madrid no hay clima...

La defección de la Primavera no ha sido obstáculo para que descargase sobre nosotros ¡ay! la nube de *isidros* que todos los años, sin dejar uno, nos rocía por esta época.

¡Y menudo chaparrón el de hogañol!

Media España se ha despoblado para caer aquí como plaga (según algunos), como un don divino (en opinión mía).

Madrid siempre ha tenido fama de ser uno de los pueblos más corteses y hospitalarios del orbe, y no es justa—por consiguiente—la protesta de ciertos refunfuñones misántropos contra esa penetración pacífica de los cabileños rurales en el zoco de este aduar que llamamos pomposamente corte de las Españas.

Bien venido sea ese movimiento de endósmosis con que nos favorece y beneficia la curiosidad de la turba agraria, pero no agreste, con motivo de la festividad del Santo Patrono de Madrid.

Ella viene á dejarse aquí su dinero, cosa digna de gratitud, y no para que encima los recibamos frunciendo el ceño y los echemos con cajas destempladas de aquí.

Los fenómenos esporádicos de codicia de la confiada hueste invasora, que se observa en los individuos del campo, más dispuestos á explotar que á ser explotados, tienen su bienhechora sanción en el *timo del portugués*, á cuyas víctimas bien empleado les está el escarmiento para que no crean que aquí atamos los perros con longaniza, ni que damos á peseta los duros.

Un *vivales* de Fuentiseca, pueblo de la provincia de Zamora, cayó—recién llegado á Madrid—en las hábiles redes que esos amigos de lo ajeno tienden, para apresar entre sus tupidísimas mallas á los foráneos conquistadores del vellocino de oro...

*

No, campesinos y aldeanos, no.

En la corte no se regala el dinero á nadie, como no sea á D. Indalecio. Y bien sabido lo tiene él, cuando se dispone á apurar la magna colilla del arriando de la Plaza de Toros, dándonos un día sí, otro no y el de en medio, bueyes, ó novillos ó chotas.

La fiesta nacional está en auge, en boga, en predicamento, y este pueblo del *Pan y toros* puede atracarse de los segundos á su complacencia y á su sabor, aunque el primero esté por las nubes.

Menos mal que ahora vamos á «municipalizar» en los Madrides las subsistencias, con cuyos arbitrio y expediente es



seguro que no habrán de abaratarnos el pan nuestro de cada día; pero nos encarecerán el espectáculo toreril...

Y váyase lo uno por lo otro.

Carlos Miranda.

DETABULLO LITERARIO



José Martínez Jerez ha publicado su libro *Siembras*, que obtuvo *accésit* en el concurso de libros de versos de la Academia de la Poesía.

Por mi gusto, *Siembras* se hubiera llevado el premio; el mío fué uno de los pocos votos que alcanzó. Y no es que me parezca un libro completo, como tampoco me lo parece *La gruta*, de Zaldívar, ni ninguno de los libros que fueron al concurso. José Martínez Jerez tiene mejor temperamento, más intuición de poeta, y por eso le hubiera yo dado el premio de la Academia.

No lo conozco personalmente; he leído muy poco de él en los periódicos. Lo mejor que conocía de él me lo leyó una alta dama de la gallofa, que posee una admirable cabellera rubia como un casco de fuego y en el alma la flor absurda de la vesania.

Y esta loca amiga mía, á quien yo amaba por bella y por estar completamente loca, poseía una postal con unos lindos versos madrigalescos y preciosistas del Sr. Martínez Jerez.

Y eso me le hizo simpático. Este joven poeta es un poco arbitrario y no desdeña el rendir sus líricos blasones á los pies de una rubia archiduquesa de la brivia.

Siembras es un buen libro, donde hay aciertos colosales, poemas definitivos. También tiene vaguedades, confusiones, versos cortos ó largos. ¿Por qué esas alteraciones rítmicas, hechas de propio intento sin duda alguna? Porque Martínez Jerez conoce todos los secretos de la rima y del ritmo, y creará que la interpolación de ritmos discordes es un encanto que añade á sus composiciones. Yo creo que se equivoca, señor Martínez Jerez.

Le gustan los sonetos y ha escrito algunos primorosos y otros que tienen el leve defecto de no contar más que trece versos. Y en el soneto es preciso ser un poco conservador; trece versos no constituyen un soneto, y ya voy creyendo que no deben rimar en desacuerdo los dos cuartetos. Todo eso es romper la armonía, la ponderación del soneto.

Ved un lindo soneto que se titula *Lola*:

Cuando el placer agota sus desmayos y arranca del silencio de tu éxtasis un suspiro de queja, sólo sé del encanto de tus ojos la blanca paz, voluptuosa y mística que la pupila deja, al buscar en no sé qué cielos la lejana visión de algo ilusorio que tus sueños alegra. Y así es más dulce el zumo de tus labios, gitana, y más hondas las niñas de tus ojazos, negra.

En tu cuerpo gentil y airoso de manola arde el sol y la sangre de la gracia española por el fuego sagrado de tu boca carmín.

Tu cuerpo, hecho de carne sevillana y torera, con arranques de tango, desmayos de habanera y ese gesto de audacia sensual del garrotín.

Es preciosista en las baladitas y en los rondeles:

¡Oh, qué amarga es la verdad
si es verdad que no eres mía!

A veces tiene en sus versos un aleteo de misticismo, un misticismo de poeta que se haya quemado en todos los incendios de la sensualidad. Algo de ese misticismo hay en *Las campanadas de la fiesta*:

¡Tannn! El ancho silencio de la siesta aldeana,
sin una arruga, terso como un mármol, se hunde.
Y el bronce teologal de la campana

con el laúd quimérico de mi alma se confunde.

¡Tannn!... El sueño soñando bajo la torre en alto.
La canónica voz sobre una vasta calma.
En el álveo profundo del silencio cobalto
mana la clara linfa de su silencio el alma.

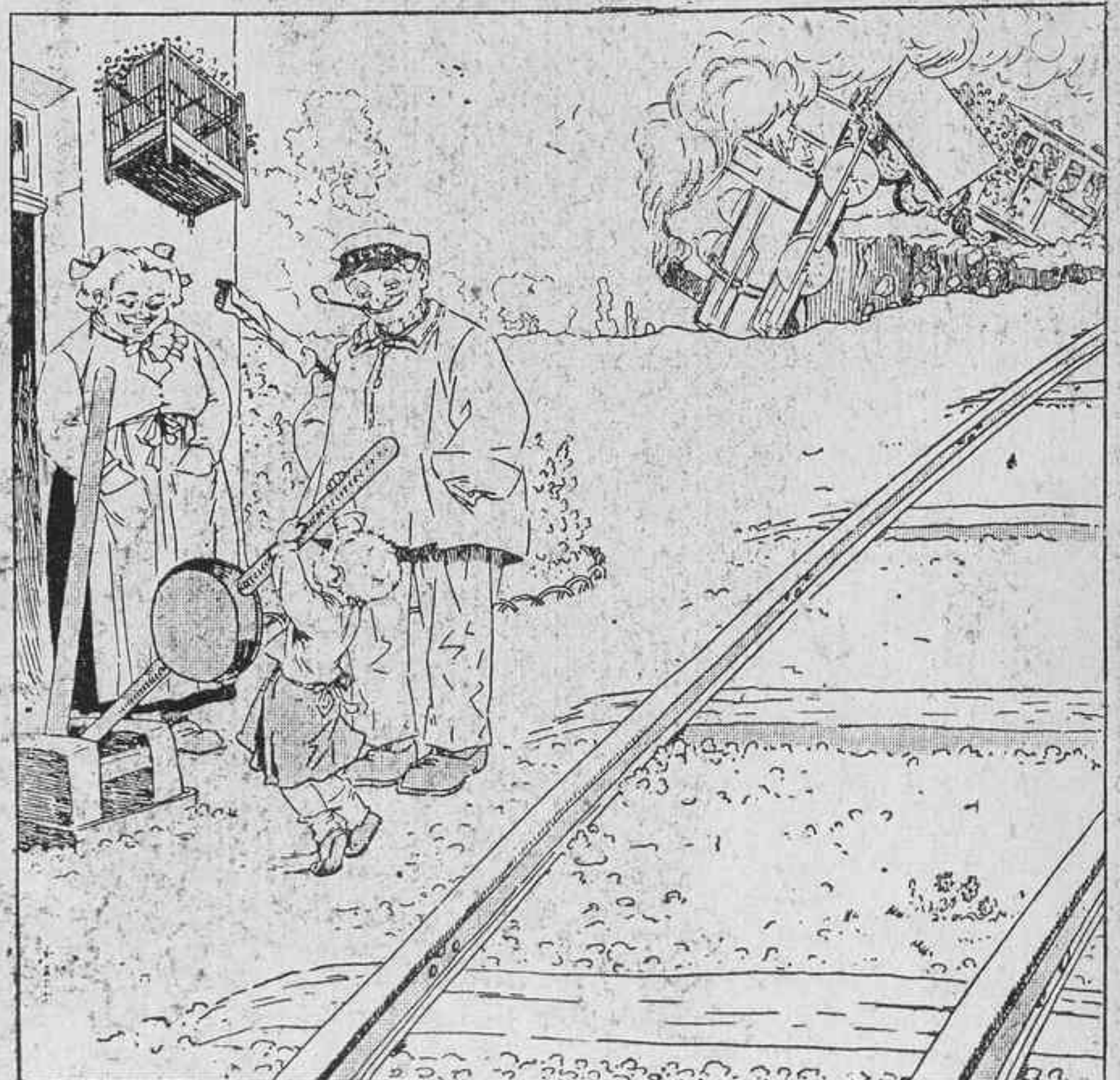
¡Tannn!... Y se duerme el bronce de la campana queda,
temblando al borde del silencio. En el desnudo
lago del alma, suave vaga el cisne de Leda
ciego, triste, cansado, desencantado, mudo.

Pasa una golondrina con su blanco corpiño.
Pasa calladamenté el vuelo de una hora.
Una nube da al sol su pecho, como á un niño,
y mi alma en el silencio se evapora.

En suma: *Siembras* es un bello libro, y el Sr. Martínez Jerez es uno de los más notables poetas jóvenes.

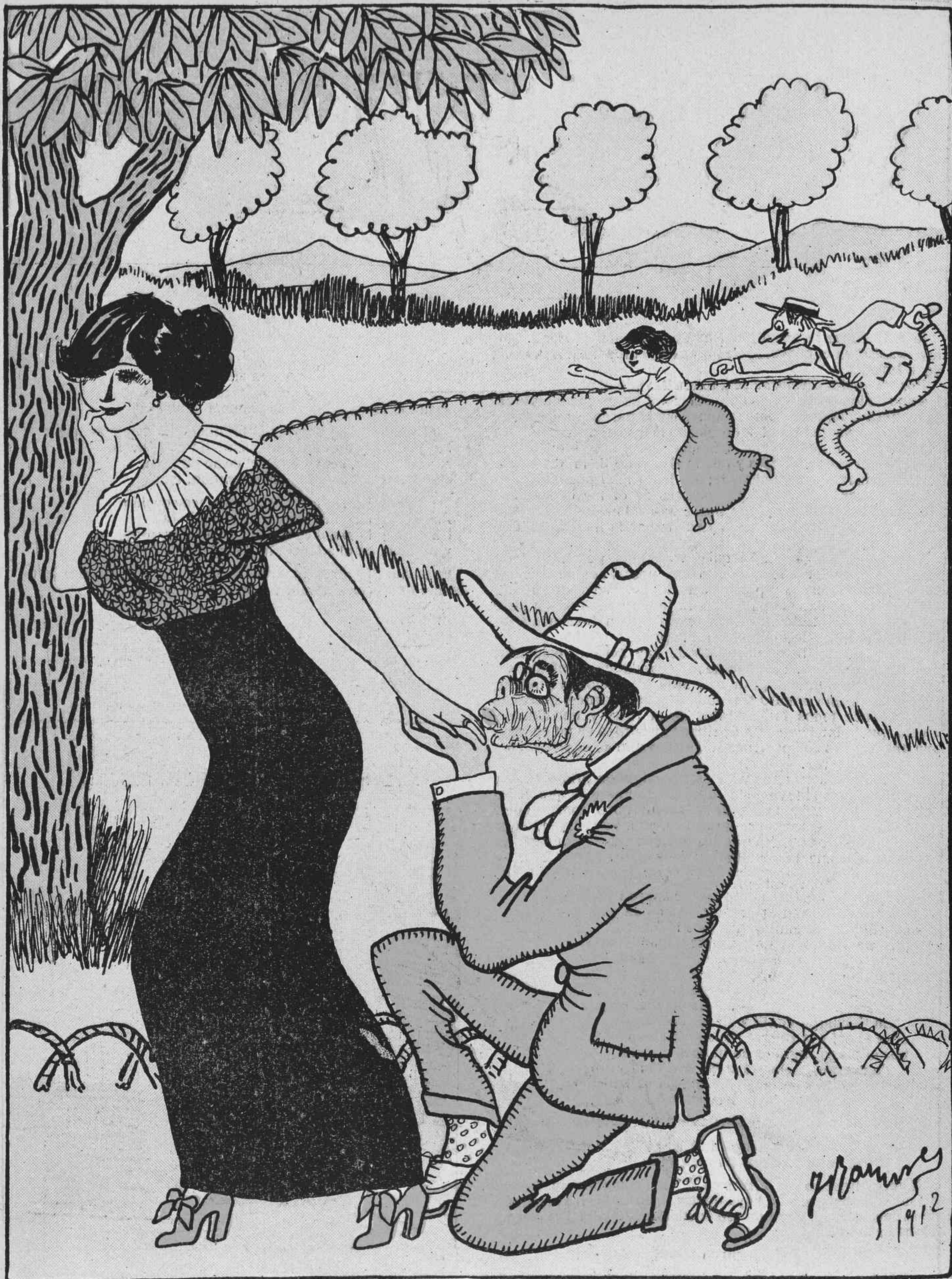
Emilio Carrere

EL HIJO DEL GUARDAAGUJAS



—¡Mírale qué rico! Ya lo sabe hacer mejor que su padre

INFLUENCIA DE LA PRIMAVERA



Ella.—Vamos, déjeme usted.

Él.—No puedo, señorita. Soy todo fuego, todo pasión por usted.

Ella.—¡Qué mono! Pero ¿es que ya no hay espejos en Madrid?

GALANTERÍA



—Es usted tan bonita, que á no ser por la cara de fiera de su madre, sería capaz hasta de casarme con usted.



EL "COCO" EN LARA Benavente, espiritista

A «la bombonera». — Invocando á los espíritus. — Los concurrentes. — «Safet». — Es griego. — Geb. — Es un payaso. — ¡Maravilloso! — Se habla de «la Goya». — Hay cruces. — ¡También garrotín! — Geb no es Job. — Los tres pies. — No apaga cerillas. — Espiritismo arraigado. — No se quema. — Telón rápido.

Pasa un carruaje y le mando parar.

— ¡Cochero!

— ¿Dónde vamos?

— A la Corredera de San Pablo.

— ¿Alta ó baja?

— Baja. — Sube — le digo á Izquierdo.

Este me obedece. Yo subo tras él.

Sopla un aire del Guadarrama que congela. El frío corta.

El vehículo parte.

Al llegar frente á «la bombonera» nos apeamos.

— ¿Vamos á ver ahora *Puebla de las mujeres*? — me pregunta Durán.

— No. «Me dijiste que era fea...»

— ¿Yo? ¡Mentira! ¿Cómo voy á decir eso cuando es la obra que más dinero dió á la Empresa en la actual temporada?

Interjecciono y le apostrofo, indicándole el cartel. Izquierdo lee entonces el título de la obra de Pérez y Pérez.

— Esto es para *perecer* — exclama confuso, comprendiendo que ha introducido una de las extremidades inferiores.

Me pide benevolencia. Yo le miro despreciativamente, pero le perdono.

Y entramos.

El portero me saluda respetuosamente quitándose la gorra. Me ha conocido. Otro tanto me ocurre con todo el mundo. No en balde aprovecho las



columnas de MADRID COMICO para la exhibición continua de mi efigie.

— D. Jacinto Benavente, ¿está?

— Llegó hace un momento con su amigo Amado y otros dos.

Semejante contestación me hace suponer que el ilustre autor de *Lo cursi*

se encuentra en el teatro. Le buscamos, y en efecto, allí estaba.

Mi penetración, acreditada tantas veces, no podía fallar.

— En este instante no se le puede ver — me dice uno de los meritorios que allí actúan.]

espiritismo los actores Muñoz y Barraycoa y la popular tonadillera Aurora M. Jauffret.

Los espíritus, al ser invocados por D. Jacinto, comienzan á llegar. El primero en acudir es Jafet.

¿Que cómo nos hace saber su nom-



— ¿Dónde se halla?

— Encerrado en el cuarto de Alcuza.

— Invocando á los espíritus, seguramente.

— Tal creo.

— Gracias. Corramos, Durán.

— Pero, oye — me interpela éste —,

¿Benavente es también espiritista?

— ¡Claró! ¿No sabes que el espiritismo se ha puesto de moda, y entre los literatos cuenta ya con innumerables cultivadores y propagandistas?

— ¿Es posible?

— Vas á verlo.

La pronunciación de esta frase coincidió precisamente con nuestra llegada á la puerta del referido cuarto, cuya apertura verificóse á poco.

Ante sus reducidas dimensiones nuestros labios modulan una exclamación de extrañeza.

— ¡Oh! — digo yo.

— ¡Ah! — dice mi compañero.

— Esto no es un cuarto; es un cuartillo — añadió.

Durán dispara alevoso el siguiente chiste, tan malo como todos los suyos.

— Si de espíritu se trata, natural es que busquen un cuartillo.

El cuadro que se ofrece á nuestra vista no puede ser más interesate.

El insigne Benavente, Enrique Amado, Delgado, el hijo de Sinesio y del Pino, vástago de la primera actriz Joaquina, aparecen en torno de un velador, en el que apenas si se apoyan sus manos, juntas todas por las yemas de los dedos meñique y pulgar.

Toman también parte en la sesión de

bre?

Muy sencillo.

Por medio de golpes.

Los espíritus, al igual de las codornices, se expresan así.

Le llaman.

— ¡Jafet!... ¡Jafet!...

— ¡Vaa!... — responde Romea que llega en aquel punto, ahuecando la voz como si fuera un camarero de quien hubiesen demandado un servicio.

La broma no obtiene el éxito que su autor esperaba.

A los espíritus no se les puede hacer ningún chiste.

¡Dichosos ellos!

— Este espíritu — dice Benavente — debe ser griego. Lo mejor es dejarle. No le vamos á entender.

Y Jafet se va sin despedirse.

Pronto llega otro á substituirle.

— ¿Quién eres? — le pregunta D. Jacinto, que es el que lleva la voz cantante.

El velador principia á dar golpes, que se perciben claramente, debido al silencio sepulcral que reina en la estancia.

Cesa la tunda.

Es Geb.

Inmediatamente después el mueble misterioso inaugura una serie no interrumpida de saltos y cabriolas.

Benavente saca en consecuencia que es un payaso, y aconseja no hacerle caso alguno.

Esto no obstante, es sometido á un interrogatorio vario y prolijo; interrogatorio que contesta Geb con la pacien-

cia de Job, satisfaciendo la impertinente curiosidad de todos escrupulosa y puntualmente.

—Geb, ¿qué hay aquí?—le preguntan. Y él contesta:
—Talento.



izquierdo Durán

—¿Quién?—vuelven á interrogarle.
—Benavente—responde el espíritu.
¡Sorprendente! ¡Maravilloso! ¡Hasta en las ignotas regiones de lo incorpóreo cuenta ya con admiradores el colosal D. Jacinto.

Luego se habla de *la Goya*.

¡Y, cosa rara!, al preguntar á Geb «¿te gusta?», el espíritu guardó con su inmovilidad el más absoluto silencio.

Como es de suponer, esto produjo en la bellísima Aurora el consiguiente enfado

—¿Habrás visto?—se decía.

Preguntósele además si sabía lo que era. Geb comenzó trabajosamente á deletrear la primera sílaba.

—Cu...

—¿Qué más? Acaba.

—¿Cupletista?—insinuó Benavente.

¡Todo inútil! El espíritu no pasó de ahí.

—Indudablemente el servicio de comunicaciones espirituales deja tanto que desear como el de teléfonos. Ninguno de los dos es muy católico. ¿Verdad, Izquierdo?—dije á mi acompañante en voz baja.

—No lo creas—me contesta éste—. El defecto principal de uno y otro es ese precisamente: que son demasiado católicos.

—No veo la razón.

—Porque hay cruces. ¿No lo estás viendo?

Quedo anonadado. La voz de Benavente me vuelve á la realidad.

—Ya les dije á ustedes que no hay que hacerle caso. Es un saltimbanquí. Y si no, lo van ustedes á ver

—Geb... espíritu amigo... si de verdad lo eres, canta conmigo el garrotín.

La última palabra, cual si fuera un conjuro mágico, nos hizo estremecer.

—¡Horror! ¡Ni en las sesiones de espiritismo se libra uno del garrotín empecatado!

D. Jacinto empieza á tararear en voz baja la introducción:

—¡Tran!... ¡tran!... ¡tran!...

Y el espíritu misterioso, empleando como siempre los golpes del velador, prosigue acompasadamente:

—Tararán... tararán... tararán...

¡Prodigioso! ¡Verdaderamente prodigioso! ¡Oh poder invencible del baile español!

A continuación Geb, demostrándonos que no le gusta mucho el papel de Job, increpa á los allí reunidos, obsequiándoles con dos piropos de subido color.

Sin embargo, continúa contestando á todo lo que le preguntan, prestándose además á algunos curiosos ejercicios de adivinación, que ejecuta con perfección increíble, acertando el número de los concurrentes al acto y otras varias cosas más.

—¿Hase visto?—me dice Durán lleno de asombro y estupefacción.

—¡Qué de prisa subel!

—¡Como que tiene tres pies!

—Según nos manifiestan más tarde, este es el número de pies que todo velador debe tener para semejantes experimentos.

—¡Qué rareza!—exclamo yo

Y Durán añade:

—Eso es gana de buscarle tres pies al velador.

—Oiga usted, D. Jacinto—preguntó uno—, ¿me apagaría el espíritu esta cerilla si se lo mandara?

—No sé—contesta aquél—. Pero seguramente la tendría usted que apagar antes de que viniera si no quería quemarse los dedos.

Con esta sesión el espiritismo quedó arraigado en la compañía de Lara, encontrando dos de sus más fervientes devotos en Muñoz y Barraycoa, los cuales se pasarán en adelante las horas muertas, como otros muchos, en busca de un velador de tres pies. Así nos lo hace suponer la extraordinaria alteración de nervios que la sesión espiritista les produjo, tan extraordinaria, que casi no acertaban á hablar cuando poco después tuvieron precisión de salir á escena. Tengo por seguro que el velador les desvela. Durán y yo hablamos al salir de lo que han abusado del pobre Geb y de su extraordinaria sumisión.

—Qué paciencia, ¿verdad?

—Sí—me responde Izquierdo—. Pero con eso nos demuestra que es un espíritu muy malo.

—¿Por qué?

—Porque *no se quema*.



Telón rápido para evitar contusiones.

El Coco de la Lata.

: LOS ISIDROS :

—¡Hola, primo! Un abrazo.

¡Cuánta alegría!

Abrazadle vosotros.

Tú también, chica.

No andarse con cumplidos

ni con pamplinas.

Como ahora hay en los viajes

economía,

—Vamos á sorprenderle—

dijo tu prima.

Y hemos venío juntos

pa que no digas

después que allá en la aldea

no se te estima,

y pa ver los festejos

que hay en la villa

del Oso y del Madroño

por estos días.

Venimos solos, éste

yo, tu sobrina,

la Paz, que es mi «parienta»
y el tío Dimas.

Este alegrón tan grande
no esperarías.

Contigo aquí estaremos

en compañía.

¿Que no ties toas las camas

que son precisas?

Con las tres tuyas sobra.

En una Lina

dormirá con Canuto,

en otra Dimas

con Paz y en la que queda

yo y tu «costilla».

¿Comer? Nada de lujos

en las comidas.

Pa desayuno, lonchas

de jamón fritas;

de diez y media á once,

cualquier cosilla

pa entretener el hambre;

al medio día,

la sopa y el cocido

con su gallina;
de merienda á ca uno
dos chuletitas,
y pa cenar nos pones
unas judías
y otros dos ó tres platos,
los que tú elijas.
Queremos que nos laves
á la Bombilla,
al café, á los teatros
y á las corridas
de toros, que es la fiesta
más divertida.
A cambio de tóo esto,
que es de justicia
pagar, cuando se mate
á la cochina
ya te regalaremos
una morcilla
ó dos. Nosotros nunca
fuimos «roñicas».

Adolfo Sánchez Carrère.



—Y ¿te divierten mucho las regatas, Pepito?

—Mucho; les tengo una afición loca.

—Ya se conoce. Para darme el otro día las cinco mil pesetas para los pendientes, estuviste regateando dos horas.



—Me parece que este viejo, Luisita...
—No te molestes; le conozco, es de clases pasivas.

EL COCIDO

Encargaron á Marzal, socialista de conciencia, que diese una conferencia sobre la cuestión social; y por hacer buen papel, estuvo cuarenta días pensando en las teorías de Wagner, Marx y Bebel.

Presentósele, al pensar, el dilema sempiterno: ¿Tendrá la culpa el Gobierno, ó la clase popular?

¿Quizás el problema estriba en lo ingrato del trabajo?

¿Tienen razón los de abajo ó la tienen los de arriba?

¿La falta de ilustración causa al problema perjuicio?

¿El librecambio es propicio ó es buena la protección?

Al fin hallóse Marzal desesperado, aburrido, y pensaba ¡hasta dormido! en el problema social.

Cumplióse el plazo, y el día fijado á la conferencia despertó con la evidencia de no saber qué diría.

Tiró los libros á un lado, dejó de filosofar y salióse á pasear confuso y malhumorado.

Pensaba en su negra honrilla y en sus vigiliás pasadas al dar doce campanadas los relojes de la villa.

Con inmensa admiración y con asombro evidente quedóse parado enfrente de una casa en construcción.

Allí, en confusión extraña, como alfombra el duro suelo y como dosel el cielo hermoso de nuestra España, hombres, niños y mujeres venturosos él veía, pues consiste en la alegría la ventura de los seres.

Llegóse al grupo primero que divisó en la plazuela, al volcar en la cazuela una mujer el puchero...

Y al ver su dicha, Marzal exclamó: «¡Basta de ciencia! ¡Ya tengo la conferencia sobre la cuestión social!»

... Después de aquello he sabido que al tratar de ese problema, dijo: «No hay ningún dilema. El *quid* está en el cocido

Esa es la cuestión social. Esa es la eterna cuestión. ¡Y ahí está la solución del problema nacional!»

Felipe Pérez Capo.

DESDE LA ALDEA

LOS MINEROS

Después de la negra huelga carbonífera de los mineros ingleses, que se traían las más negras intenciones contra



—Como vuelva á encontrar en el café lo que me he encontrado ayer, dile al cocinero que le pongo en la calle.

—Perdónele la señorita. Es que se cuele muy á menudo.

—No. Al contrario. Es que no se cuele.

las negras entrañas de sus patronos, hasta el punto de decir la típica frase: «¡Se acabó el carbón!», como los ilustres próceres de la Arganzuela, este título quizá soliviantara á las gentes, que ignoran que nosotros sólo nos preocupamos de la bagaleta, tomando dulcemente este amargo mundo en broma.

Los mineros que vamos á elevar á la jerarquía de personajes literarios, como ya lo hemos hecho con otros extraños y desconocidos, son unos admirables personajes aldeanos que tienen la obsesión de que su fortuna se encuentra en el subsuelo del planeta.

Hemos conocido á uno de estos curiosísimos tipos aldeanos. En el pueblo posee una tiendecita donde expende cáñamo, loza, legumbres, abarcas de cuero, volaos y chocolate, ese exquisito chocolate con que se regalan los orondos religiosos. Fuera del pueblo posee unas grandes, unas ricas minas de hierro. Un día nos ha confiado este secreto lleno de turbación, de misterio, de temor. ¿Cómo es posible, nos hemos dicho, que este hombre, modesto, sen-

cillo, que atiende á su pequeño comercio, sea dueño de unas minas de hierro? ¿Acaso ese misterio, esa turbación, ese temor, no velarán la sombría historia de una propiedad mal adquirida? ¿Padece de una extraña locura? El, sin duda, ha comprendido estas meditaciones y ha querido llevarnos á visitar sus minas. Por eso esta mañana se ha levantado con el alba, ha envuelto su empanaje en un blanco papel y se ha dirigido en nuestra busca.

Hemos emprendido el camino. Para llegar á las minas es necesario trepar intrépidamente á las montañas. Apoyados en unos fuertes báculos comenzamos á ascender con cierta excitación aventurera. Y cuando ya hemos dado algunos pasos por una senda áspera y empinada, expuestos á rompernos el bautismo, este hombre singular que nos guía ha puesto la vista en el suelo y ha caminado más lentamente. De pronto se ha quedado inmóvil; ha escarado en la dura tierra con la contera de su bastón, ha mirado medrosamente á todos lados, ha recogido una piedra ne-

gruzca, y después de examinarla ávidamente la ha guardado en el bolsillo. Al cabo ha tirado cuesta arriba sin preocuparse de nosotros, sumido en extraños pensamientos. Vamos creyendo que este buen amigo es un pobre vesánico á quien una vida estrecha, trabajosa, ha traído á este raro género de locura.

Seguimos subiendo, subiendo, subiendo. El sol derrite nuestros sesos; las zarzas desgarran nuestras ropas y nuestras carnes; los guijarros hieren nuestros pies en estas andanzas por los campos bellos, pintorescos, frescos, apacibles.

Por fin hemos llegado á una vasta meseta: «¡He aquí las minas!» — ha gritado nuestro compañero—. Y su fisonomía se ha iluminado con una llamarada de júbilo.

Estábamos algo desconcertados. No veíamos ningún movimiento ni ajetreo, ni detalle alguno que denunciara hallarnos en un centro minero. Nos ha conducido á una pequeña excavación en cuyo fondo hemos visto otras piedras negruzcas como la recogida en el camino, y mostrándonos nos ha dicho:

—¿No es esto una fortuna?

Nosotros hemos estado á punto de contestar: «¡Yo creo que eso es, sencillamente, una piedra!» Y luego ha terminado.

—¡Cuando yo haga subir hasta aquí una línea férrea, oirá usted hablar de mí!

Y se trata de un pobre hombre que mal vive vendiendo sus tramillas y sus azucarillos.

Ya de retorno, sabemos que en el pueblo hay otros hombres obsesionados por este nuevo delirio de grandezas que, soñando, soñando con su fortuna, dejan de trabajar y se empobrecen.

¿No es esto asombrosamente cómico, lector?

Antonio Roldán.

A lo que saben los besos.

El sabor de los besos dice la gente que, según quien nos besa, es diferente, pues los hay que son dulces como el almíbar, y los hay más amargos que el mismo acíbar.

Si me besa una niña de quince abriles con sus labios de grana suaves, sutiles, me perfuman sus besos de tal manera, que me saben á rosas de primavera. Si es morena y graciosa saben á mieles los besos de sus labios como claveles; y encuentro un delicioso sabor á fresa

cuando es alguna rubia la que me besa. De veinte á veinticinco, saben á gloria y de ellos se conserva siempre memoria, porque es la edad risueña del embeleso, en la que siempre sabe mejor el beso. Si la muchacha es guapa, sabe á jalea; á aceite de ricino cuando ella es fea, y á tocino del cielo, por lo dulzona, suelen saber los besos de una jamona. A nardos y jazmines y á hierba luisa saben los de una joven, si es poetisa; y están pidiendo á voces cebolla cruda los de una cocinera morrocotuda.

Esto es lo que he observado y os lo refiero...; pero cuando me besa la que yo quiero, entonces de alegría me vuelvo loco, porque sus besos siempre saben... á poco.

Fiacro Yráyzo.

I S I D R A D A S



—¿Viste, Celedonio, qué listas son en este Madrid? Ya han conocido también esas que somos forasteros.

—¡Y eso que no hemos hecho más que preguntarles dónde está la Puerta del Sol!

PASODOBLE FLAMENCO

PIANO

MAESTRO ROMERO

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef, and the lower staff is in bass clef. The key signature is one flat (B-flat), and the time signature is 2/4. The music features a series of eighth-note patterns with slurs and accents, characteristic of flamenco piano accompaniment. There are some handwritten annotations, including a '2' above a slur and a 'b' below a note in the bass staff.

The second system of musical notation continues the piece with two staves. It maintains the 2/4 time signature and one-flat key signature. The melody in the upper staff is more active, with frequent slurs and accents. The bass staff provides a steady accompaniment with chords and moving lines.

The third system of musical notation shows further development of the piece. The upper staff continues with intricate eighth-note patterns, while the lower staff features a more melodic line with some rests. A handwritten 'b' is visible in the lower staff.

The fourth system of musical notation features a more rhythmic and melodic section. The upper staff has a series of slurs and accents, and the lower staff has a more active bass line with some chords.

The fifth system of musical notation concludes the piece. It features a final melodic phrase in the upper staff and a supporting bass line in the lower staff. The notation includes various slurs, accents, and dynamic markings.

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff features a melodic line with eighth and sixteenth notes, including a trill-like figure. The lower staff provides harmonic accompaniment with chords and moving bass lines.

The second system continues the piece, showing more complex rhythmic patterns in the upper staff, including a triplet of eighth notes. The lower staff maintains a steady accompaniment.

The third system features a more active upper staff with frequent sixteenth-note passages. The lower staff continues with a consistent accompaniment.

The fourth system includes a section of chords in the upper staff, some marked with a '7' indicating a seventh chord. The dynamic marking *pp* (pianissimo) is present. The lower staff continues with a steady accompaniment.

The fifth system features a more active upper staff with frequent sixteenth-note passages. The dynamic marking *f* (forte) is present. The lower staff continues with a steady accompaniment.

Continua en el n.º proximo

EN CASA DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
PROTECTORA DE ANIMALES



—¿Qué es eso, don Homobono? ¿Ocurre alguna desgracia?
—¡Oh! ¡Tremenda! ¡Se nos está muriendo la perrita!!

Balada ingenua.

Yo la vi por las mañanas
caminar por los sembrados,
y seguían los corderos
las huellas de sus pies blancos.

Una infinita tristeza
se adivinaba debajo
de las pestañas larguísimas
en sus ojos de oro pálido.

Y sus miradas vagaban
tímidas por el espacio
del cielo azul infinito
como dos pájaros santos.

La conocí una mañana
á la sombra de un peñasco
cercano de una pradera
con sus cabras descansando.

Bebi de la leche fresca
que ella guardaba en su cántaro;
la dije que era muy linda,
luego me alejé cantando.

Y al transponer la colina
é internarme en un cercado,
la miré y me pareció
que sus ojos me miraron.

Y ya todas las mañanas
á la sombra del peñasco
encontraba á la pastora
con sus cabras descansando.

Nuestras bocas fueron, lentas,
mil palabras desgranando.
Palabras que eran humildes
como las flores del prado.

Poco á poco nuestras almas
fueron sus penas rimando.
Las penas que entre suspiros
melancólicas brotaron.

¡Suspiros que se perdían
en la campiña, dejando
en el ambiente dormido
su aroma místico y santo!

Y era una paz infinita
la del idilio ignorado
de nuestras vidas hermanas
en el silencio del campo.

Silencio que algo tenía
de divino relicario;
altar en que sus ofrendas
dos seres depositaron.

¡Tálamo de frágil niebla,
oh maravilloso tálamo,
en el que dos almas puras
y buenas se desposaron!

Nuestras manos fueron juntas
florejillas arrancando,
y luego se separaban
muy despacio, muy despacio...

Y en la caricia sutil
del inocente contacto
había un temblor y un juego...
y nada había, ¡y había tanto!...

Y la noche se llegaba
tocada de negro manto,
y yo la miré riendo...
¡Y ella me miró temblando!...
Había un rumor de hojas
en los árboles cercanos,
y un nido de ruiseñores...
y unos armoniosos cantos.

G. Morenas de Tejada.

LAS MAÑANITAS DE ABRIL

«Las mañanitas de Abril
son muy dulces de dormir.»

Desde luego, hemos convenido en que todos los refranes están extraídos de un pozo de sabiduría, que son hijos de la experiencia, señora madre que debe ser hembra de una fecundidad asombrosa, dado el incontable número de refranes que exornan y embellecen nuestro idioma, y que son maestros de muy provechosas enseñanzas. Claro es que esta sabiduría soterraña me parece un poco obscura y los refranes debían estar muy indignados contra mí porque no me canso de mentar á su mamá, ya que la experiencia se me antoja una vieja y fea dueña espantable, de la que va seguida constantemente la ilusión.

Pero concretándome al refrán que precede á estas líneas, os confesaré francamente que su afirmación me desconcierta. Yo no me explico por qué razón las mañanitas abriales han de estar más indicadas que las mañanitas de otros meses para abandonarse al sueño. Comprendo que las heladas mañanitas de Diciembre y de Enero aterren á cualquier persona que guste de la tibia y comfortable caricia del lecho. Y á nadie se le ha ocurrido decir, por ejemplo:

«En mañanitas de Diciembre
aunque tengas sueño, duerme.»

O este otro:

«Son las mañanitas de Enero
buenas para estar durmiendo.»

Pero nada; la sabiduría popular la ha tomado con el pobre mes de Abril, boyante y lozano mes primaveral, y de nada le sirve revestirse de sus más encantadoras galas, porque nadie ha de verle en su primitivo tocado sino cuando ya el sol ha mustiado sus campos, evaporando el aljofarado ó irisado rocío, pequeñas gotas de agua, que todavía no han sido comparadas con sus lágrimas por

la señora ó señorita Gloria da Prada cuyas manos beso muy rendidamente.

Yo creo que el hombre que lanzó á la publicidad tan estupenda sentencia debía ser, indudablemente, un reumático, y en un Abril luminoso y riente debieron recrudescérsele los dolores por un raro y cruel capricho de la patología, sin que esto quiera decir que el reuma le padeciera en las patas, como quizá pudieran torcidamente interpretar esos ingeniosos sujetos que se pasan las tardes haciendo chistes y colmos en las peñas de los cafés. El hombre, á quien el padecimiento retenía en la cama mientras todo el mundo retozaba por los campos verdeantes y salutíferos, debió sentir la amarga melancolía de la envidia; y como esta pasión es muy mala consejera, seguramente le hizo decir: «¡Os vais á fastidiar!» Y después de torturar su inteligencia acertó con ese incitador refrán asonantado, porque el paciente debía tener algo de poeta, seres excelsos, pero que no están exentos de la gota.

«Las mañanitas de Abril
son muy dulces de dormir.»

Después dió á su ingeniosa frase un poco de pátina, como hacen los charileros con algunos objetos que adquieren en el Rastro, y desde entonces el refrán ha sido de precepto.

Yo no he de renegar contra esta incitación al reposo, porque, noctámbulo impenitente, me parece muy razonable que se duerma, no ya todas las mañanitas de Abril, sino todas las mañanitas del año.

Pero á los madrugadores cuyas costumbres sufran alguna alteración por el imperativo del refrancito, les voy á dar un consejo: que añadan dos palabras á la sentencia perturbadora, y digan:

«Las mañanitas de Abril
son muy dulces de dormir...
en compañía.»

Constantino Amador.

INFORMACIÓN TEATRAL

—«Que toma por delante que toma por detrás»...

—Oye, tú, ¿qué es eso? ¿Dónde has aprendido tan descarado y «verdoso» estribillo? ¿En el Madrileño, intolerable templo de la sicalipsis más soez que darse puede?

—No, mi «mojigato» amigo.

—Suprime calificativos de esa índole.

—Lo he aprendido en Novedades, en la fantasía cómico-lírica *El país de la Machicha*, últimamente estrenada con éxito, vamos al decir, poco franco; pero éxito al fin y al cabo.

—Y ¿qué es ese país?

—Pues, á juzgar por lo que allí pasa, es un país encantado. Bailes para todos los gustos, mujeres ligeras de ropa, bonitas y feas, los gustos también; decoraciones, trajes, efectos de luz... recuerdos de obras como *El príncipe Casto*, y semi-plagio de revistas de los maestros en este género Perrín y Palacios.

—Total, nada entre dos platos.

—Hasta cierto punto. El libro ya queda dicho que no sorprende por su originalidad. Jackson y Viérgol no han estado esta vez muy afortunados al escribirlo; pero en cambio Foglietti nos dió á conocer una partitura alegre y bonita; para él fueron los verdaderos aplausos. De los intérpretes merecen especial mención la Farinós, la Zapatero, y el «payaso» Lamas; éste nos hizo «de reir las tripas», como decía un espectador «aristócrata» de las Américas del Rastro, que ocupaba una localidad junto á la mía.

—Pero con toda seguridad que *El país de la Machicha* dará muy buenas entradas á D. Evelio.

—Es de esperar; hay público para todo...

—En el nada recomendable Coliseo Imperial, por la temperatura tan «deliciosa» que en él se disfruta—¡vaya calor!—se ha estrenado una nueva obra del género policiaco, *La aguja hueca* (Lupin contra Holmes), adaptada á la escena por los Sres. Viteri Grimán del Mauro.

—Tenía noticias de esa comedia, no todo lo buenas que fuera de desear.

—Lo creo, por los repetidos «golpes» que vienen dando al mismo tema, y

como todas esas obras se parecen como un huevo á otro huevo, el público se llama á engaño y las recibe, si no con indiferencia, con insinuantes manifestaciones de desagrado. *La aguja hueca* llegó á puerto de salvación, dando tumbos durante la travesía escénica que recorrió por el teatrillo de la Concepción Jerónima.

—Con toda seguridad que los actores contribuirían al casi casi naufragio, pues desde que no figura en la compañía Ricardo Mausó, el excelente actor, las obras que en el Coliseo se vienen estrenando adolecen de deficiente ejecución.

Los modestos actores de ese «cine» ilustrado no pasan de ser una medianía.

—¡Y tan medianía!...

Si el teatro no convida por exceso de calor, y los cómicos son malos, en casa se está mejor...

—¡Vaya un tío improvisando!... Eres todo un poeta... Marquina á tu lado un párvulo haciendo versos...

—Pues ya te irás enterando de quién soy yo cuando me soplan las musas...

—¿Qué me dices del beneficio de Julita Fons?

—¡Qué quieres que te diga! La verdad, por amarga que sea, en pocas palabras.

—No me «acibares» el diálogo...

—Si no hubiera sido por el escándalo que se armó con el estreno del sainete de Viérgol *Los borregos*, la gentil beneficiada no habría tenido nada que lamentar.

—Tengo entendido que el estrenito fué extraordinariamente malo; que se armó un alboroto en la sala de padre y muy señor mío, y que gracias á la oportuna intervención del comisario señor Serrano pudieron evitarse algunos «trompis» entre los espectadores, que se disponían á darse de mamporros.

—Y todo por unos borregos mal educados... *El Sastre del Campillo* ha ido por lana y ha salido trasquilado en esta ocasión, conduciendo de la mano en el fracaso al maestro Lleó, que, al parecer, poco ducho en ganado lanar, tampoco hizo nada, musicalmente hablando, por llevar á los borregos de su obra por buen camino.

—Los borregos que la Fons presentó en su beneficio,

como *El cuarteto de Pons*,

han hecho muy mal servicio.

—Y á Lleó le están estropeando el final de temporada.

—De la desastrosa temporada que ha tenido. ¿Por qué no continúa estrenando operetas?

—Se habrá convencido de que no siempre dan el resultado que se apetee. Se acierta en una, y se equivoca en seis, por ejemplo, y equivocaciones de esta naturaleza cuestan caras, mi amigo...

—Y al final de la jornada,

nada, nada, nada, nada.

Por meterse en tales tretas,

se pierden muchas pesetas...

—¿Quieres hacer el favor de dejar la lira por unos breves instantes?

¿No te sería lo mismo darme un cigarro mientras dedicamos unas palabras á Videgáin con motivo de su beneficio?

—¡Cómo no!... Fuma, extasiate con este emboquillado.

—El simpático y estudioso actor Videgáin celebró su beneficio.

—Como todo primer actor.

—¿Se estrenó un sainete de Cabello y Quinto Valverde?

—Sí, *La vida perra*, que no gustó á los señores. Conste que otras obras bastante peores, por lo menos, han pasado. *La vida perra* no es ningún marmarracho.

—¡A ver qué vida!... En Apolo está dando muy buenas entradas la revista de Perrín, Palacios y Jiménez *Las mi y pico de noches*.

—Como que es una obra muy entretenida, muy vistosa, muy original...

Se estrenó el Cómico, ¿verdad?

—Con ruidosísimo éxito.

—¿Te has enterado que una dama aristocrática, doña Jacinta Santos, ha hecho su debut, en calidad de tiple, en el Gran Teatro?

—Me he enterado, y presencié el debut. Cantó *Cavalleria rusticana*, interpretando el papel de Santuzza.

—¿Y qué tal?

—No me pareció mal... El público la obsequió con entusiásticos aplausos.

—Pues, que le aprovechen...

Colirón.



EL CAFFETO



ES EL MEJOR
CAFÉ. PIDASE
EN TODAS PARTES

SANTANA BUILLA